

“La Universidad no puede comportarse como una entidad sorda ante el grito de la necesidad social”.

Educación para el compromiso desde la Universidad: el caso de los educadores sociales

Luis Pantója Vargas
Universidad de Deusto

El campo de lo social

En un reciente Congreso de Pedagogía Social, organizado por la Sociedad Ibérica de Pedagogía Social este año en Salamanca, el profesor Winfried Böhn de la Universidad de Würzburg, uno de los invitados principales, terminó su alocución con la parábola del buen samaritano que se nos narra en el evangelio de San Lucas. Fue algo curioso e inesperado en medio de una reunión adjetivada de científica y repleta de ‘profesionales’ de lo social y, más en concreto, de la educación social.

La parábola del buen samaritano, explicó el profesor, narra cómo un individuo que bajaba de Jerusalén a Jericó fue asaltado por unos bandidos que lo apalearon casi hasta la muerte. Por ahí pasaron sacerdotes y levitas que no le prestaron atención, pero un hombre de Samaria sintió lástima, bajó de su cabalgadura, lo curó y lo transportó a la hospedería más próxima en donde entregó dinero al mesonero pidiéndole que cuidara de él hasta su regreso.

El profesor Winfried comentó que durante todo el siglo XX, “esta historia se convirtió en una parábola del amor cristiano al prójimo y era contada y transmitida como arquetipo de un trabajo social espontáneo” (Ortega, 2002, p. 19).

Desde el comienzo de la existencia humana se han dado diferencias sociales de todo tipo entre las personas. Frente a los que viven bien, siempre ha habido gente pobre, hambrienta, sufriente y necesitada de apoyo. Este hecho ha golpeado de siempre a la humanidad y muchos han dado respuesta mientras otros han soslayado el problema. Por ello las grandes religiones, y principalmente el cristianismo, han colocado como uno de sus elementos esenciales el amor al prójimo.



P. L. Ruiz

Aunque personas individuales, somos seres sociales que convivimos y entre todos construimos el mundo; dependemos de los demás en todo sentido, en cada uno de nosotros aletea la humanidad y, como decía Jean Paul Sartre, 'los demás nos fijan en nuestro ser'. Nada de lo que nos rodea puede sernos ajeno, de tal manera que las necesidades sociales de nuestros prójimos -inmediatos y lejanos- en un mundo globalizado, son como voces que exigen ser escuchadas.

La Universidad en cuanto institución de estudios, preparadora de buenos profesionales, no puede comportarse como entidad sorda ante el grito de la necesidad social del hombre que la rodea justificando el hecho en su vocación y afán de altos estudios. A ella, como a todos, le obliga el ejercicio de la virtud de la solidaridad y de la justicia social.

De voluntarios a profesionales

Al comenzar este año las clases en la Universidad, a los alumnos de

primer curso de Educación Social les comenté la parábola del buen samaritano y a continuación les formulé las siguientes preguntas: ¿qué significado tiene hoy en día el samaritano? ¿Y el herido a muerte por los bandidos? ¿Y el mesonero? ¿Y los sacerdotes y levitas? También ellos se extrañaron de comenzar su preparación profesional universitaria con una parábola de eco religioso y caritativo.

El diálogo que se suscitó fue muy interesante y vino a poner de manifiesto la necesidad de poseer personalmente ciertas actitudes positivas, y hasta una especie de vocación hacia el trabajo educativo social para estudiar la carrera de Educador Social en la Universidad.

El samaritano representaría hoy a la gente solidaria, al llamado 'voluntariado' que atento a las voces de los que sufren se muestra solidario y tiende una mano para ayudarles a salir de ese sufrimiento. En la Educación Social ha sucedido que antes que 'profesión' ha sido voluntariado: algo vocacional, ligado al corazón bondadoso de muchas personas que han entregado su tiempo a los demás... algo muy unido al hecho religioso de la caridad cristiana. Así lo atestigua la historia de los educadores sociales a lo largo de todo el siglo XX, y es fácilmente comprensible si se mira la labor de tantos órdenes religiosos desde el inicio del cristianismo hasta hoy.

Pero el profesional de la Educación Social actualmente tiene

que ser algo más que samaritano; ha de ser una persona preparada y capacitada, con competencia, para ayudar a la gente a resolver sus propios problemas; algo así como el mesonero que conoce su labor y cobra por ello. Sin embargo, la frialdad del conocimiento debe neutralizarse con el calor de la actitud samaritana.

Por otra parte, los males y las injusticias sufridos por muchas víctimas de los ladrones de hoy parecen multiplicarse infinitamente más que ayer, y al parecer en contradicción con lo que cabría esperar, dados los avances científicos y tecnológicos del mundo actual. La pobreza en el mundo y en nuestro alrededor, la miseria y la exclusión avanzan como sombras impactantes a la par de los brillos del neocapitalismo y la globalización. El profesor Ortega de la Universidad de Salamanca afirma literalmente:

La llamada Sociedad de la Información (SI) y la utilización progresivamente masiva de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), están creando, no sólo nuevos problemas de exclusión y demandas de integración, sino también una nueva sociedad mundializada o globalizada con nuevas perspectivas y posibilidades; aunque también con nuevos traumas y problemas de índole social (Ortega, 2002, p.9).

Para ayudar a tanta gente inmersa en estos males, multiplicados por cientos en los tiempos que corren, y para aprovechar lo bueno de las nuevas tecnologías y de la nueva situación mundial, se necesitan no sólo voluntarios, samaritanos sensibles a lo social, sino profesionales (mesoneros) bien preparados para buscar respuesta a nuevos y cambiantes problemas. Ésta es la labor ineludible de la Universidad: ir del voluntariado a lo profesional.



Profesionales de lo social

Cuando se trata de ayudar a solucionar problemas relacionados con lo social, de inmediato aparece un buen número de profesionales distintos y a todos los podemos denominar genéricamente 'profesionales de lo social'. Dando algunos ejemplos, entre éstos encontramos a los médicos, con una tarea muy clara para todo el mundo: preocuparse de los aspectos de la salud física; los psicólogos, con un cometido medianamente claro: ocuparse de la salud psicológica.

También encontramos otro tipo de profesionales denominados 'trabajadores sociales' cuyas funciones son a veces difíciles de distinguir de las que tienen otros profesionales casi recién llegados al mundo de las profesiones, nos referimos a los educadores sociales, no aquellos voluntarios de las décadas de los cuarenta, cincuenta o sesenta del siglo pasado, sino a los creados por real decreto hacia 1991. El advenimiento de estos profesionales últimos al mundo de lo social obligó a los trabajadores sociales, antes denominados 'asistentes sociales', a redimensionar sus funciones. Antes lo hacían todo, es decir, realizaban acciones de asistencia, de estudio de las necesidades sociales, de búsqueda de ayu-

das económicas para solventarlas y, además, trataban de educar al ciudadano o a la comunidad.

A partir de la creación de la Diplomatura de Educación Social por parte del Ministerio correspondiente, en 1991, el profesional denominado 'educador social' es el responsable de la prestación de servicios educativos haciéndolo, cuando actúa en la red pública, bajo la coordinación de los Servicios Sociales. Y, aunque en muchas ocasiones, no es nada fácil distinguir hasta dónde llega lo meramente asistencial y lo estrictamente educativo, lo que diferencia sustancialmente al educador social del trabajador social es el ser educador. En otras palabras, tener la preparación teórica y práctica suficiente para trabajar con individuos o colectivos de una comunidad para ayudarlos y asesorarlos en su tarea de transformación personal y humana de acuerdo a los valores éticos vigentes en la sociedad.

El educador social: su formación

El educador social es un profesional cuya formación ha sido encomendada a la Universidad, como he afirmado antes, desde 1991. Con anterioridad, la formación que recibían los que trabaja-

ban en el campo de la educación social, —especialmente en la inadaptación de menores— se impartía en escuelas diocesanas o mediante cursos, jornadas o congresos, es decir, se trataba de una formación no reglada que les daba preparación pero no oficialidad. Nos referimos especialmente a los entonces denominados 'educadores especializados' antecesores de los hoy 'educadores sociales' o profesionales de la educación social.

La formación universitaria de este profesional recibió mucha luz de la experiencia acumulada de los 'educadores especializados' que habían venido trabajando educativamente, desde antes de los años sesenta del siglo pasado, con chicos inadaptados y sus familias. Se puede afirmar que la preparación práctica que reciben los educadores sociales a lo largo de los tres años que dura su formación ha sido un mérito conseguido por la Federación Estatal de Asociaciones de Educadores Especializados, entidad propia de aquellos educadores anteriores a 1991. La Universidad aportó algo que les faltaba: la reflexión teórica y la fundamentación científica de la educación que propugnaban.

La Universidad parte del supuesto siguiente: el educador social es un profesional de la educación social, tanto fuera como dentro de la escuela, al que hay que capacitar para que sepa desplegar estrategias dinamizadoras tendentes a que sean los mismos miembros de la comunidad, que tienen un problema social, los que lo solucionen de acuerdo a los valores vigentes en la sociedad en que viven.

En este contexto, la Universidad forma durante tres años consecutivos a un profesional que va a ser esencialmente educador, un agente de cambio social, un coordinador, un comunicador, un organizador de proyectos, un supervisor que presta ayuda técnica a las per-

sonas o grupos para que analicen sus problemas, los interpreten, busquen soluciones, las apliquen y evalúen. También busca formar un profesional con un profundo respeto por la persona, consciente de la dignidad del individuo, defensor de la igualdad entre hombres, mujeres y razas, con un sentido crítico ante las injusticias, que trabaja incansablemente por la igualdad de oportunidades y por un mundo en el que quepan todos los seres humanos sin distinción, teniendo como guía orientadora la carta magna de los derechos humanos.

Funciones del educador social y campos que cubre

Cualquier profesión se distingue de otra por los servicios específicos que presta a la sociedad. Este es el *handicap* de algunas profesiones y de sus profesionales: concretar esos servicios. A veces en algunas profesiones no es nada fácil. En el caso de la Educación Social ha costado ponerse de acuerdo en los servicios que debe prestar y aunque la mayoría de las veces se ha recurrido a una formulación muy amplia, e incluso difusa, hoy podemos decir que hay un cierto acuerdo tácito entre las Universidades formadoras de educadores sociales sobre algunas de sus funciones generales.

La primera función que se enumera es la educativa, que consiste en prestar servicios educativos o hacer intervenciones educativas, principalmente fuera de la escuela, pero sin excluir el trabajo en el interior de la misma, incluyendo por tanto funciones docentes para transmitir aprendizaje social de hábitos básicos de convivencia, salud y relación social. Ese servicio incluye la reeducación de las personas como sucede en las actuaciones con los drogadictos.

A este servicio esencial le acompañan otros, también impor-

tantes, como la promoción de actividades socio culturales; la promoción personal y comunitaria, la ayuda al desarrollo, la formación laboral, la mediación en conflictos; la promoción del diálogo y la comunicación entre las personas. Otras prestaciones son: la orientación, el asesoramiento y la información a las personas en la toma de decisiones y en el afrontamiento de sus problemas, el diseño de proyectos, la aplicación de los mismos con su correspondiente evaluación y la gestión de actividades comunitarias o grupales. Dirigir centros y establecer las pertinentes relaciones entre instituciones, dada la complejidad de los problemas sociales educativos, también compete a estos profesionales.

En definitiva, se trata de un profesional de la educación social formado teóricamente y prácticamente, comprometido socialmente desde lo personal y desde la Universidad, competente para acudir en ayuda educativa de personas o colectivos infantiles, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos, hombres y mujeres en aquellos casos en los que tengan problemas de inadaptación, integración, socialización, exclusión o marginación social, actuando de forma preventiva o promoviendo la reinserción social.



F. Jareca / T. Pireto

Ninguna situación que atente contra la dignidad de la persona le es ajena o indiferente. Tampoco acepta cualquier otra que merme la calidad de vida. Por ello encuentra en la drogadicción, la pobreza, los malos tratos, los abusos sexuales, la inadaptación infantil y adolescente, la soledad y abandono de los ancianos, el paro, la prostitución, la violencia, la exclusión, y otros problemas parecidos, sus ámbitos de trabajo profesional realizándolo con una mezcla de samaritano y mesonero al mismo tiempo. ■

Para saber más

- PETRUS, A. (coord.), *Pedagogía social*, Ariel Educación, Barcelona, 1997.
- SAENZ CARRERAS, J. (coord.), *El educador social*, Universidad de Murcia, 1994.
- ORTEGA, J. (coord.), *Pedagogía social especializada*, Ariel Educación, Barcelona, 1999.
- ORTEGA, J. (coord.), *Educación social especializada*, Ariel Educación, Barcelona, 1999.

Referencias bibliográficas

- BÖHM, W. (2002). La pedagogía social en Alemania. En Ortega, J. (coord.), *Nuevos retos de la pedagogía social: la formación del profesorado*, Salamanca: Sociedad Ibérica de Pedagogía Social, pp. 15-19.
- ORTEGA, J. (2002). Introducción. En Ortega, J. Obra citada, p. 9.